

4a, no; democracia

El PSOE que nos quiere gobernar

Por Carlos DAVILA

El PSOE ha conquistado la clase media. Esto, al menos, dicen las encuestas. Los profesionales, empleados y funcionarios, los sacrificados de la Renta que ya pagan todos los junios más de cien mil pesetas, están, al parecer, decididos a votar socialista —¿o socialdemócrata?— en las próximas elecciones. Sus intenciones en las urnas son hoy claras; a menos de dos años de los comicios generales: 39 por 100 para el PSOE y solo un 21 para UCD. Por eso los socialistas, despacio, muy despacio, les están mimando: con un cuidado exquisito para no irritarlos, con una habilidad de futbolista para ofrecerles seguridad, con un tacto de prestigioso jugador para hablarles del cambio auténtico y, claro está, moderado.

El diseñador, gestor y artífice ha sido Felipe González, el líder político más exportable de España. Felipe, al borde de los cuarenta, está constituyendo el Gobierno-alternativa, el Gabinete dispuesto a mandar mañana. Para él, más importante que la propia Ejecutiva que saldrá del Congreso otoñal, es el grupo de expertos y técnicos que preparan el acceso al poder: «tenemos que empezar a enviar decretos al "BOE" al día siguiente de ganar las elecciones». Los expertos son los nuevos y viejos mandarines del partido: ninguno rebasa los cuarenta años y casi todos pertenecen al ala socialdemócrata. Una facción que, según Javier Solana en el centro del centro, no representa más de un 20 por 100. Son los Boyer, ahora en los hidrocarburos nacionalizados; Solchaga, el autor del programa económico enamorado —Dios le perdone— del déficit público; Lluch, el catalán sarcástico; Luis Solana, encargado de contactar a toda prisa con los militares de graduación; Corcuera, a la derecha de UGT; Ciríaco de Vicente, la conciencia crítica de la Seguridad Social, defensor de una Barea intervencionista y esterilizadora; Maravall, el profeta de la prospectiva electoral; Barón, Peces-Barba, Barrionuevo... Son los hombres de Felipe.

VIENEN LOS COLOCADOS

En octubre, la última semana, el PSOE quiere realizar el Congreso más tecnocrático, más volcado hacia el exterior, más programático de su historia. Para esas fechas los «críticos» de Izquierda Socialista van a estar engullidos y asustados por su propia debilidad. Ni Luis Gómez Llorente, ni Castellanos («este loco está cada día más mesiánico») ni el canario Saavedra («¿qué pinta ese hombre haciendo testimonialismo!») tienen en esta ocasión nada que hacer. Para no hablar del alcalde, Tierno, que rechinará de dientes cuando vea que sus antiguos compañeros del Partido Socialista Popular quedarán fuera de la nueva Ejecutiva. Si acaso, permanecerá Pedro Bofill, un modelo de relaciones informativas; no Donato Fuejo, el médico al que en el partido no se reconoce otro mérito que su labor humanitaria la noche en que Tejero deshonró el Parlamento y amenazó chulescamente a quinientas personas indefensas. La nueva Ejecutiva será, en definitiva, prácticamente igual.

La incógnita se llamaba Enrique Múgica, pero la decisión está tomada. Felipe le mantendrá a pesar de que Alfonso Guerra, por primera vez, no está de acuerdo. El PSOE no puede permitirse el lujo de dar tres cuartos al pregonero y complacer a las lenguas viperinas que hablaron de los contactos con Armada. Múgica seguirá. Novedades, entonces, pocas. Los consejeros más cercanos a Felipe, Javier Solana entre ellos, se inclinan por una presencia moderada del socialismo periférico. Es difícil, en cualquier caso, que Obiols continúe. En Cataluña asciende impetuosamente el alcalde Narcís Serra, aspirante

ya a suceder a Jordi Pujol en la Generalidad: es un nacionalista moderado que tiene encandilado al todo Madrid socialista. «A "Txiki" Benegas hay que dejarle tranquilo», esta es la opinión del secretario general del partido. «Debemos encontrar un gallego», pero la empresa no es fácil, porque son poco presentables. De Escuredo es malo hablar: ganan enteros los alcaldes de Granada y, sobre todo, el de Málaga, Pedro Aparicio, un médico llamado a ocupar puestos en la política. Estos son los mejor colocados.

UGT, EL EXITO DE FELIPE

Son los misioneros electoralistas del cambio. En la Ejecutiva actual lo tienen claro: «La derecha clásica ha tenido miedo a compartir el poder y ahora le falta representación política, arraigo entre la gran población.» Otra vez, las clases medias. El PSOE tiene ante sí el reto de conseguir mayor credibilidad para su programa contra la crisis económica, el terrorismo, el golpismo, la estructuración del Estado. A decir verdad, su gran drama es que no puede hacer política socialdemócrata: «¡Ojalá la pudiéramos hacer!, por ahora nos basta con defender la democracia!» Es lo que viene repitiendo Felipe: «Que gane quien gane, pero que haya elecciones.» La frase es sólo parcialmente sincera, porque Felipe ya ha comenzado a creer en su victoria. Por eso no hablará nunca más de Gobierno de coalición. Sin embargo, las perspectivas son discutibles: Luis Solana, con los pies en la tierra, piensa que de las elecciones no puede salir más que la «grosse Koalition» y que para entonces hay que tener preparadas una batería de ofertas y contraofertas aceptables. Uno de los puntos claves, negros de la colaboración, está en el programa contra la crisis: El PSOE quiere cuanto antes la creación de un fondo especial de casi ciento cincuenta millones de pesetas —con cargo al déficit público, faltaría más— para planes y obras de ejecución inmediata, como las municipales. Es este un ejemplo claro de que el PSOE teme muy poco a la inflación y que se ha quedado corto en sus exigencias de puestos de trabajo en el Acuerdo Nacional de Empleo, el pacto social que firmó la derecha de UGT y que dibujo con trazos firmes el PSOE.

El gran éxito de Felipe es la UGT. Hoy el sindicato socialista está hecho a la imagen y semejanza del partido: tiene sus alas, sus facciones, sus maniqueísmos de toda condición y sus fuentes de poder. Vienen empujando las derechas de Corcuera y Zuñaur, mientras Nicolás Redondo, por consejo de Felipe, permanece en el centro, un poco alejado —también como el PSOE— de las refriegas. El partido ha domesticado al sindicato y le ha convertido gracias a la presión y al dinero en una fuerza social equivalente a Comisiones Obreras. De los antiguos radicales, los «trotskos», que dieron tanta guerra, sólo queda un grupúsculo en Alava, los demás han sido laminados. La UGT será, si el PSOE triunfa en los primeros o segundos comicios,

el gran paraguas que frenará la intromisión del PCE carrillista, empeñado en colgarse del brazo de «los compañeros socialistas» y ver qué saca en las próximas elecciones.

LOS COMPAÑEROS NO DESEABLES

Por eso el PSOE tiene que convencer de su renuncia al frentepopulismo. Mitterrand se o ha puesto mal, pero en el partido hay respuesta-patrón para todo. Es cierto, sin embargo, que el presidente francés no tiene tras de sí un sindicato tan fuerte como lo es UGT en España y que, por tanto, ha tenido quizá que garantizarse paz social a base de compartir poder con sus antiguos aliados de la izquierda. El PSOE —dicen aquí— es otra cosa: ni precisa sindicato moderado que estabilice la balsa de las movilizaciones, ni necesita tampoco como Mitterrand despellir de una vez por todas a los prosoviéticos del PCF, cada día más impresentables. Pero el PSOE debe convencer. Sobre todo porque las gentes-volantes de España tienen memoria y recuerdan el pacto social-comunista que les concedió el poder municipal. Ni entro ni salgo, pero esta es la razón que se esgrime: «¡Qué íbamos a hacer nosotros; en algún sitio teníamos que comenzar a mandar!»

Porque los socialistas afirman que aún no tocan bola: «¿Por qué no me dejan hablar a mí en el CESDEN?», se preguntaba Javier Solana. El PSOE tiene un complejo curioso: permanecer muy cerca del poder, pero extramuros del Estado. El pacto de abril del 79 ha permitido alumbrar una nueva generación de políticos «que ya vienen entrenados del poder municipal, y que, al final, nos van a sustituir a todos nosotros». Son los Serra y Aparicio, que antes mencionábamos, que engrosan el gran colectivo de las clases medias y que ya conocen bien la máquina de gobernar. La doctrina oficial del partido es ésta: «vender la imagen de una política de Estado antepuesta a los intereses de partido o gremialistas. Estos elementos componen sustancialmente la imagen combinada a la firmeza que perciben los nuevos potenciales electores socialistas».

TEOLOGIA, NO

El PSOE se ha impuesto como norma el realismo descarnado: «no vamos a hacer teología», dicen en la Ejecutiva, lo que es tanto como decir que se ha cerrado, por ahora, la época de las grandes definiciones. Ni Bad Godesber, socialdemócrata («La socialdemocracia se hace y no se dice», es el lema de Felipe), ni tolerancia con los disolutos de dentro que otra vez querrian organizar una trifulca en el Congreso. El PSOE no va a admitir pregones proporcionalistas antes de octubre, los pregones de los críticos de UCD que el PSOE, simplemente, no acepta. Ni homilias igualitaristas, ni reconocimiento expreso de corrientes de opinión generalizadas: ganan los que más votos tengan y se acabó. Felipe González, Alfonso Guerra, la «dama de hierro» Carmen García Bloise, Javier Solana, Galeote... no pueden soportar que su trabajo, la venta de un partido más cohesionado y mejor articulado que ningún otro, caiga por tierra en tres días de Congreso. O antes, porque Cataluña, de nuevo, está a punto de explotar y quizá, quizá, haya que sacrificar cuanto antes y definitivamente al histórico Joan Raventós. El «marketing» socialista se sigue llamando Felipe González, que ha entrado en la cuarentena con mala salud y que viene eliminando recelos antiguos. Por debajo de él y su Ejecutiva están los noventa mil afiliados, unas bases ahora quietas, que, sin embargo, piden explicaciones por tanta moderación. Entonces se les explica el 23 de febrero.